

MARINO

Así le habían puesto en la pila de bautismo porque nació en puerto de mar. A pesar de ello, nunca había navegado más allá del confín de la ría. Bien es cierto que nadie en su familia había tenido nada que ver con la profesión de su patronímico, porque venía de una familia de tenderos, campesinos y militares. Igual que todas, porque es corriente, si se va hacia atrás, encontrar algún tendero entre los ancestros más o menos lejanos de cualquiera, y lo mismo sucede con los labriegos en un país que fue, hasta bien entrado el siglo pasado, eminentemente agrícola. ¿Qué es lo que iba a haber?. Pues eso, feriantes y labradores, y también soldados, porque se disputaron muchas guerras; de forma que quien más, quien menos, tiene parecidos antecedentes familiares. Marino nació algo enclenque y escuchimizado, tuno una infancia llena de alifafes y una adolescencia más bien desgarbada. Y cuando llegó a hombre, componía un espécimen de tórax estrecho -que le valió para sortear la "mili"- hombros caídos, extremidades alargadas y cabeza pequeña. Guapo, lo que se dice guapo, no era; ni tampoco un tío cachas, de esos que se dejan la paga en gimnasios y cremitas depilatorias...que tanto gustan a las afiliadas al "montepío del género", porque creen que con semejantes tarzanes de vía estrecha, y con menos cerebro que un cañamón, son ellas las que llevan el mando.

Nuestro hombre tuvo la desgracia de venir al mundo en una época menos evolucionada que la actual, por lo que debió soportar las chufas de sus compañeritos sin acogerse a la protección del Defensor del Menor, que es lo que hubiese hecho hoy si se viese en las mismas circunstancias. Porque al pobre rapaz lo más suave que le llamaban era "jirafa"...y de ahí para arriba. Imagínense.

Cuando remató, mal que bien, el Bachillerato, tentó la suerte en la Facultad de Derecho, pero ya a las primeras de cambio se le atragantó el Romano y no hubo forma de seguir. Optó por un empleo mediocre, con sueldo mediocre y futuro muy mediocre en una consignataria de su ciudad; y comenzó a sumar años atado a un escritorio, llevando la relación de mercancías despachadas cada mes a la ciudad de Recife, al otro lado del globo.

Con lo antedicho ya se puede presumir que la vida del personaje era de una monotonía aplastante. Por las tardes, al salir de la oficina, tenía la costumbre de tomar un cortado y recorrer a pie la distancia que le separaba de su domicilio, muy escasa, pues vivía cerca de la consignataria, en un piso antiguo y enorme, que le dejó una tía viuda y sin hijos, que le tomó afecto porque se parecía-afirmaba la piadosa dama-a San Sebastián cuando quedó colgado del madero después de ser asaeteado.

Como vivía solo y era de poco comer y menos dormir, pasaba el tiempo libre cultivando su afición al ajedrez, que practicaba en solitario, jugando contra sí mismo y también reproduciendo las partidas que aparecían en la sección de pasatiempos de los periódicos. Y con la sola excepción de domingos y festivos, en que se permitía el dispendio

de tomar un vermú después de misa de doce, su existencia estaba completamente exenta de gastos y diversiones de cualquier clase. Jamás había asistido a un baile, no conocía las discotecas, ni los pubs, nunca había ido a una casa de lenocinio, y tampoco tuvo a una mujer entre los brazos, ni mucho menos estuvo, en su más que mediada existencia, entre las piernas de ninguna. Ni guapa ni fea. Podría decirse que el sexo femenino era para nuestro hombre algo tan extraño como la superficie de Marte. Por eso, la aparición de Nieves representó en la monocorde existencia de Marino, algo similar a una explosión atómica.

La conoció un soleado domingo en que tomaba el vermú en la barra del bar de costumbre, y ella se sentó a su lado, abrió el bolso y sacó un cigarrillo de una pitillera de cuero, para, acto seguido pedirle fuego. Hubo de excusarse azorado y decirle que no podía complacerla por no ser fumador. Sonrió ella con amabilidad y se lo pidió al barman, y una vez satisfecha su demanda, encargó un martini seco. Marino la contempló con el rabillo del ojo. Pecho restallan te, trasero levantado y prieto, muslos robustos y torneados, melena rubia -sin duda de "frasco"- ojos verdes y labios llenos y sesgados componían el "cromo" de la percherona. Y el pobre hombre, sin saber por qué, se puso colorado y trató de disimular haciendo como que leía el periódico que, repentinamente, había dejado de interesarle desde que ella se dirigió a él. Nieves acabó en casa de Marino en calidad de legítima esposa; así terminó una carrera de barras, alternes y cabarés de medio pelo, y se agenció plaza de señora de su casa que era lo que siempre deseó de verdad.

Por parte de él, la cosa comenzó con muchísimo interés; cuando se iba a la oficina cuidaba de dejar el desayuno a la amada en la cómoda, mientras ella reposaba, profundamente dormida, en el colchón comunal.

Pronto comenzaron a observarse cambios en la vivienda del nuevo matrimonio; aún no habían transcurrido tres meses del bodorrio, cuando el tresillo de palisandro, que era una joya de la tía de Marino, desapareció sin dejar rastro y fue sustituido por uno de peluche rosa, más propio de barra americana que de casa bien, como la del interfecto. Después desapareció un aparador de palo de rosa, y luego las cortinas de damasco granate del salón fueron sustituidas por unos colgajos con estampados parduzcos que no casaban ni a tiros con el ambiente de la habitación. En un suspiro, la vivienda daba la apariencia de ser un meublé venido a más.

Poco después, Rosa, la asistente de toda la vida, fue a despedirse de Marino con lágrimas en los ojos, diciendo que era incompatible con la señora; y dijo "señora" con mucho retintín. Fue un momento doloroso, pero la dejó irse con la serena desesperación de lo inevitable. Ni siquiera osó preguntar a su mujer por los motivos del despido; a aquellas alturas Marino ya sabía que nada obtendría sino un despectivo mohín y un silencio pétreo, espeso, sofocante, que duraría semanas. Prefirió callar.

El pobre hombre ya no disfrutaba del cotidiano paseo de casa al trabajo. Ya no se paraba al regreso a tomar café. Y los domingos se le atragantaba el vermú ante las

continuas reconvenciones de la mujer, que le afeaba la corbata o los zapatos, o afirmaba que iba despeinado y que ella no toleraba guarros a su lado. Otras veces lo ridiculizaba ante conocidos que encontraban, pintándole como hombre limitado y de pocos alcances.

Llegaba a casa desgastado, picoteaba un poco en el plato, y luego seguía una plomiza tarde ante el televisor que reproducía programas estúpidos y vulgares, que a ella la enloquecían y a él lo colmaban de un tedio inabarcable. Cuando se cumplió el primer aniversario de boda, se dio cuenta de que se había equivocado; mejor dicho, se percató de que había sido cazado a lazo por aquella desaprensiva que ahora era dueña y señora de su casa-la de Marino-además de juez inapelable, y casi siempre desfavorable, de su conducta. Aquello no podía continuar así, pensaba desesperado.

Un día, contemplando el abandonado tablero de ajedrez, tuvo la idea de que la única salvación era acabar con la dama, haciéndola creer que el rey se rendía y daba la partida por acabada. Enseguida ideó la fórmula liberadora. Como aficionado al ajedrez, era más partidario de la sutileza que de la violencia, que le asustaba y le repugnaba. Se metería en el baño, llenaría la bañera y enchufaría el secador de pelo; luego daría un fuerte alarido y tiraría la banqueta al suelo delante mismo de la puerta y enfrente de la bañera llena, de forma que cuando Nieves acudiese a toda pastilla, tropezase y cayese dentro, momento en que él tiraría el secador al agua y ...¡zas!. Adiós, bruja. Limpiamente.

A las once de la mañana de un sábado de mayo, Nieves estaba en la cocina preparando un zumo de naranja, cuando oyó arañar la cercana puerta de entrada. Abrió y, tal como supuso, vio a su amiga Loli, haciendo grandes esfuerzos para sujetar a su gran dogo argentino que sacaba a paseo. Apenas se dieron los buenos días oyeron un fuerte batacazo y un grito en el baño. Nieves quiso lanzarse hacia allí, pero fue derribada por el perrazo que echó como un ciclón por el pasillo y se lanzó contra la puerta del baño que estaba entreabierta, derribando con su impulso a Marino y su secador dentro de la bañera, al mismo tiempo que caía también el bichazo. Se escuchó un aullido animal y un fuerte chisporroteo con fuerte olor a quemado.

Cuando las dos mujeres entraron, se encontraron al hombre y al animal sumergidos e inertes dentro de la bañera llena de agua. También estaban chamuscados. Y cada una comenzó a llorar por lo suyo; y al fin, aún sofocadas por la impresión, tuvieron ánimo para llamar a los bomberos, a la policía municipal y a la ambulancia.

A Marino lo enterraron al día siguiente, domingo, en un nicho adquirido años atrás con sus ahorros. En la lápida, debajo de su nombre y fecha de defunción, una leyenda decía: "Fuiste la luz de mi vida. Cuando te fuiste me quedé a oscuras para siempre. Tu amante esposa que no te olvida".